

Visiones del Señor

«No fui desobediente a la visión celestial».
Hechos 26:19

Durante el tiempo en que se estaba preparando la Biblia, gran parte de las instrucciones y advertencias de Dios a su pueblo, así como la revelación de sus planes y propósitos, se impartieron por medio de «visiones». Estas visiones eran con frecuencia, si no siempre, de naturaleza milagrosa y tan impresionantes que no dejaban ninguna duda en la mente de aquellos a quienes se les daban de que la información proporcionada provenía del Señor.

Estas visiones no se concedían para satisfacer la curiosidad, sino para que quienes las recibían estuvieran preparados para cooperar con el Señor en la realización de sus planes, ya fuera para sí mismos, para otros o para ambos. En muchos casos, las Escrituras se refieren a las visiones como la «voz» del Señor que habla a su pueblo. Basta con echar un vistazo a la Biblia para darse cuenta de la importancia que Dios le daba a la obediencia a su voz y de las graves consecuencias que acarrearía la desobediencia.

Visiones del Antiguo Testamento

Dios le habló a Noé no solo para que supiera del diluvio que se avecinaba, sino para que pudiera prepararse para salvarse a sí mismo y a su familia. (Génesis 6:13-18; Hebreos 11:7) Dios también le habló a Abraham en Ur, le reveló su propósito de

bendecir a todas las familias de la tierra y le dio instrucciones para que dejara a su propio pueblo y se fuera a una tierra que él le mostraría. Las bendiciones que se derivarían de este contacto con el Señor dependían de la obediencia de Abraham a estas instrucciones. Génesis 12:1-3

Dios se reveló a Moisés en la zarza ardiente y le dio un encargo para que fuera un gran libertador de su pueblo. Incluso el suelo sobre el que Moisés se encontraba en el momento en que se le concedió la visión se volvió santo, o santificado, pues Dios lo estaba utilizando como el lugar donde le transmitía a su siervo la información sobre lo que quería que hiciera. (Éxodo 3:1-10) Si Moisés quería seguir disfrutando del favor del Señor a partir de ese momento, no tenía más remedio que obedecer la visión.

Al profeta Isaías se le concedió una visión en la que vio al Señor «alto y exaltado». (Isaías 6:1, 8) En esta visión, Isaías oyó al Señor preguntar: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». La respuesta del profeta fue: «Aquí estoy; envíame». Esta indicación era el significado de la mayoría de las visiones con las que el Señor favorecía a su pueblo en la antigüedad, aunque no siempre se expresaba de manera tan clara.

Visiones del Nuevo Testamento

La visión más notable mencionada en el Nuevo Testamento fue la que se le concedió a Juan el Bautista en el momento del bautismo de Jesús. Juan vio al espíritu de Dios descender sobre Jesús y escuchó «una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”». (Mateo

3:16, 17; Juan 1:31-34) Aquí, a la edad de treinta años, Jesús comenzaba su ministerio terrenal. Había venido a cumplir la voluntad de su Padre Celestial: todo lo que había sido escrito en el «rollo del libro», el Antiguo Testamento. (Salmo 40:6-8; Hebreos 10:5-9) Todas las instrucciones escritas en el Antiguo Testamento para la guía del Maestro fueron registradas bajo la inspiración directa del espíritu santo. No había habido nadie que interpretara su significado. Incluso para que la mente perfecta de Jesús comprendiera su importancia, era necesario que se le concediera una revelación especial —una visión— y fue con esto con lo que fue bendecido cuando los cielos se le abrieron.

Jesús había venido a cumplir lo que se había escrito acerca de él. Cuando se le reveló su significado, sin vacilar se dedicó a la tarea de llevarlas a cabo. ¡A qué gran costo obedeció Jesús la visión celestial! El período de su ministerio fue breve, y cada día fue agotador. Sus enemigos lo injuriaban, sus amigos lo malinterpretaban, y la gran «contradicción de los pecadores» finalmente resultó en su arresto, juicio y cruel crucifixión. (Hebreos 12:3) Este era el significado de la visión. Jesús iba a ser llevado «como cordero al matadero». (Isaías 53:7) Iba a entregar su carne «por la vida del mundo». (Juan 1:29; 6:51) Iba a ser «varón de dolores y experimentado en aflicciones» (Isaías 53:3). Se mostró obediente a su Padre Celestial en todas estas difíciles experiencias. Aprendió lo que significaba ser obediente incluso al atravesar severas experiencias de sufrimiento. Hebreos 2:10; 5:8

Para compensar el costo de la obediencia, el Maestro también experimentó una rica recompensa incluso mientras entregaba su vida. La paz y el gozo que experimentó compensaron con creces el sacrificio que estaba haciendo. (Juan 14:27) De hecho, fue esto lo que le permitió obedecer «por el gozo que le estaba puesto por delante», y soportar «la cruz, menospreciando la vergüenza». (Hebreos 12:2) Es cierto que se trataba de un gozo futuro; pero la anticipación de ese gozo y su plena confianza en que recibiría la recompensa prometida le dieron a Jesús una paz y un gozo presentes que el mundo no podía ni darle ni quitarle. Así, aunque era «un hombre de dolores», sin duda estaba en paz con su Padre Celestial. El «gozo del Señor» era su fortaleza. Nehemías 8:10

La visión de Pablo

Saulo de Tarso siempre había sido un celoso siervo de Dios, aunque al principio había entendido mal lo que el Señor quería que hiciera. Fue durante una misión de servicio mal orientada cuando se le concedió esa visión reveladora mencionada en nuestro texto inicial y respecto a la cual más tarde testificó que no había sido desobediente. Fue esta visión la que detuvo a Saulo en su camino equivocado. Le reveló el lugar que debía ocupar como compañero de sufrimiento con Cristo, y la tarea que debía cumplir como apóstol de los gentiles. Hechos 9:1-16

En lo que respecta al servicio terrenal de Pablo para Cristo, tal vez el resumen más breve de sus profundas implicaciones para él se encuentre en la declaración hecha a Ananías, cuando el Señor, en una visión, le dio un encargo para que le dijera a

Saulo las grandes cosas que iba a sufrir por causa de su nombre. (Hechos 9:16) La obediencia a la visión celestial sí significó mucho sufrimiento para Pablo. (2 Corintios 11:23-28; 12:7-10) En esto se regocijaba, pues la visión le reveló que tenía el privilegio de sufrir con su Maestro en la gran causa mesiánica. Colosenses 1:24

Estos sufrimientos se debieron a su obediencia a la visión —obediencia al dar a conocer a otros lo que el Señor le había revelado milagrosamente. Después de declarar ante Agripa que no había desobedecido la visión, Pablo añadió: «Prediqué primero a los de Damasco, luego en Jerusalén y por toda Judea, y también a los gentiles, que todos deben arrepentirse de sus pecados y volverse a Dios —y demostrar que han cambiado mediante las buenas obras que realizan». (Hechos 26:20) Fue «por estas razones», explicó Pablo al rey, que fue acusado por sus compatriotas judíos. (Hechos 26:21) El resultado fue que siguió siendo perseguido tanto por judíos como por gentiles hasta que, finalmente, terminó su carrera terrenal. 2 Timoteo 4:7, 8; Hechos 20:17-25

Como Pablo tenía una fe inquebrantable en el Señor y sabía que no se permitiría que entrara en su vida nada que no fuera para su mayor bienestar espiritual, disfrutaba de paz mental y de corazón. Sin embargo, no tenía descanso ante la urgencia imperiosa de dar su vida en obediencia a la visión celestial. Ya fuera en sinagogas judías, en templos paganos, a bordo de un barco o en la cárcel, la única pasión que lo consumía en su vida era transmitir a los demás el significado de esa visión celestial. El conocimiento que se le había revelado era que

Jesús era el Cristo y que la esperanza tanto de la iglesia como del mundo se centraba en él como el redentor. La visión identificaba además a Cristo como aquel que reinaría hasta que todos los enemigos fueran puestos bajo sus pies, incluso el gran enemigo: la muerte. 1 Timoteo 2:5-7; 1 Corintios 1:23; 15:25, 26

La fidelidad de Pablo no se limitó a dar testimonio del Evangelio de Cristo. Se dedicó con celo al servicio a los hermanos y no vaciló en declararles «todo el consejo de Dios». (Hechos 20:27) Fue un fiel defensor de la fe y se opuso abiertamente al espíritu de carnalidad en la iglesia. Hizo hincapié en que Cristo es la verdadera cabeza de la iglesia y que no es apropiado que sus hermanos digan: «Yo soy de Pablo» o «Yo soy de Apolos». 1 Corintios 3:4

El fin de la era

Las profecías de Pablo, Pedro y Juan nos aseguran que el pueblo del Señor, al final de la era actual, sería bendecido con una mayor comprensión de los planes y propósitos de Dios. El propio testimonio del Maestro va en el mismo sentido. Al describir la forma de su regreso y la segunda presencia, Jesús dijo: «Así como el relámpago [griego: resplandor brillante] sale del este y brilla hasta el oeste, así será la venida [griego: presencia] del Hijo del Hombre». (Mateo 24:27) ¡Cuán hermosa es la imagen del amanecer, que Jesús utilizó para ilustrar el surgimiento gradual de la luz de la Verdad en el día de su presencia! Aunque este surgimiento ha sido gradual, finalmente el resplandor pleno y claro de su presencia disipará las tinieblas de todo mal, ignorancia, superstición y pecado. Si bien tenemos la seguridad de que, en última instancia y como

resultado de la presencia del Maestro, el «conocimiento de la gloria del Señor» llenará toda la tierra «como las aguas cubren el mar», los propios discípulos del Maestro son los primeros en ser iluminados por la luz de su presencia. Habacuc 2:14

Utilizando una ilustración adicional de la Verdad que se daría a la familia de la fe al final de la era, Jesús explicó que, cuando regresara, les serviría «alimento a su debido tiempo». (Mateo 24:45-47; Lucas 12:37) El testimonio combinado de Jesús y los apóstoles revela que el pueblo del Señor en este tiempo debe esperar ser bendecido con una mayor comprensión de las Verdades registradas en la Biblia. Sin embargo, no hay nada en las Escrituras que indique que esta visión de los últimos días fuera dada por Dios de manera milagrosa, como en el pasado cuando iluminó las mentes de los profetas, los apóstoles y nuestro Señor Jesús. Ya no son necesarias más visiones de este tipo, pues todos los planes y propósitos de Dios están ahora registrados en las Escrituras.

Tenemos razones para creer que se le ha concedido a su pueblo, en este fin de los tiempos y de la manera indicada en las profecías, una comprensión especial de la Palabra de Dios. Lo que debemos descubrir es si esta comprensión es, de hecho, el plan de Dios y la visión que se había perdido de vista en gran medida durante los muchos siglos de la Edad Oscura. Debemos examinar si está en armonía con las promesas y profecías de la Palabra de Dios.

El plan de Dios

¿Contamos, entonces, en este momento, con el mensaje de la Verdad? Cuando se trata de comprender el plan completo de Dios para la redención y la salvación de la humanidad, no podemos distinguir adecuadamente la Verdad del error simplemente examinando uno o incluso varios puntos individuales de la doctrina. Lo que debemos identificar primero es el tema central del plan de Dios y el gran objetivo hacia el cual conduce cada detalle de ese plan. ¿Qué es lo que sale a la luz al investigar las profecías y promesas de la Palabra de Dios? Es el hecho de que Dios tiene el propósito de establecer un reino aquí en la tierra que sofocará la rebelión de la humanidad caída contra su voluntad soberana, y que la humanidad, al aceptar la provisión de vida que Dios ofrece a través de Cristo, pueda ser restaurada a la perfección y vivir para siempre.

Jesús resumió este gran tema cuando nos enseñó a orar: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra, así como en el cielo». (Mateo 6:10) El profeta Isaías revela que el cumplimiento de este propósito divino no depende del frágil brazo de la carne, sino que «el gobierno estará sobre su [de Jesús] hombro», y que «el celo del Señor de los ejércitos lo llevará a cabo». Isaías 9:6, 7

Este gran tema impregna la Palabra de Dios. Simplemente significa que el propósito divino es el esquema de lo que Dios hará para la bendición final del hombre. La iglesia se alejó de esta Verdad fundamental de la Biblia durante muchos siglos. En lugar de orar y esperar a que el reino de Dios gobernara y bendijera al mundo, se estableció gradualmente un reino creado por el hombre al unir

la iglesia y el estado. A esto se le llamó la cristiandad y, aunque el poder y la influencia de ese sistema son ahora mucho menores, el principio subyacente en el que se basaba sigue gobernando el pensamiento y las acciones de aquellos que no están iluminados por la santa palabra de Dios. Ese principio parece ser que, a menos que el hombre haga la obra de Dios por él, esta no se llevará a cabo en absoluto. El resultado de esto es que muchos están actualmente ciegos ante el hecho de que Dios tiene un plan para la bendición de las naciones y llevará a cabo ese plan independientemente de la ayuda humana.

Decepción — Luego, comprensión

Antes de la gran revelación de la Verdad en este final de la era, los estudiosos de las profecías, como William Miller y otros durante la primera mitad del siglo XIX, habían descubierto, a través de las señales de los tiempos y de ciertas profecías, que el regreso del Maestro estaba muy cerca. Sin embargo, sus expectativas se vieron frustradas debido a que no comprendieron la forma en que Cristo regresaría, ya que suponían que vendría como un ser humano con las marcas de los clavos en las manos y los pies. Habían pasado por alto el hecho de que él había entregado su carne por la vida del mundo y había resucitado de entre los muertos como un ser divino glorioso, invisible a los ojos humanos. Por lo tanto, cuando regresara, estaría presente de manera invisible, «como un ladrón», sin ser reconocido por nadie, salvo por aquellos que estuvieran «velando» y prestando atención al cumplimiento de las profecías. Apocalipsis 16:15; Mateo 24:42, 43

No mucho tiempo después, en la segunda mitad del siglo XIX, un grupo de estudiosos fervientes de la Biblia había analizado las profecías durante un período considerable. Una de las grandes verdades que quedó clara gracias a ese estudio fue el propósito del regreso del Señor. Las Escrituras mostraban que él regresaría para restaurar la vida a la humanidad, no para destruir la tierra, y que el fin profético del mundo era, en realidad, el fin del actual orden social maligno y el establecimiento de un nuevo orden, unos «cielos nuevos y una tierra nueva, un mundo lleno de la justicia de Dios». (2 Pedro 3:13) En Hechos 3:20, 21, el apóstol Pedro habló del plan de Dios que se cumpliría a través de Cristo y por medio de él durante su segunda presencia. Lo describió como «los tiempos de la restauración de todas las cosas», y añade que era esto de lo que Dios había dado testimonio «por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo». Esta era la voz de Dios —la visión— tal como la oí, y que fue manifestada a Pedro y a nosotros por medio de los profetas.

La visión hoy

La visión de la Verdad que nos ha llegado hoy de la manera designada por Dios, y de la cual nos regocijamos, es omnicomprendiva. Abarca el significado de todas las grandes visiones que Dios le dio a su pueblo en tiempos antiguos. Es posible que Noé no haya entendido esta visión tal como la tenemos hoy, ni se haya dado cuenta de que sus experiencias relacionadas con el fin de aquel mundo prefiguraban los «días del Hijo del hombre» en los que ahora vivimos, acercándonos al fin de este «mundo presente y maligno». (Mateo 24:37-39;

Gálatas 1:4) Sin embargo, fue una bendición para Noé que se le informara sobre el diluvio venidero y que se le concediera el privilegio del servicio que tuvo en relación con él.

¡Cuánto debió regocijarse Abraham cuando Dios le reveló su propósito de bendecir a todas las familias de la tierra por medio de su descendencia! Sin embargo, él no sabía que esta «descendencia» de bendición sería una descendencia de fe compuesta por Jesús y los miembros de su cuerpo que sufren y mueren con él para que puedan vivir y reinar con él. Gálatas 3:16, 27-29

Moisés quedó sobrecogido cuando vio la zarza ardiente y oyó la voz de Dios que le ordenaba que se quitara los sandalias, pues el lugar en el que se encontraba era tierra santa. Se enteró de que iba a ser el libertador de su pueblo de Egipto y su legislador. Sin embargo, se le reveló muy poco acerca de la liberación más grande que vendría para toda la humanidad, y de la reconciliación tanto de los judíos como de los gentiles con Dios bajo los términos del Nuevo Pacto. Si bien es cierto que Moisés profetizó que vendría alguien más grande que él, al igual que los demás profetas del Antiguo Testamento, es dudoso que comprendiera con mucha claridad las implicaciones de esta y otras de sus profecías. Deuteronomio 18:15-19; Hechos 3:22-26; Hechos 7:37; Hebreos 12:18-24

Isaías vio al Señor «alto y exaltado», y esa visión lo inspiró a cumplir la voluntad de alguien tan exaltado y santo, pero su visión de Dios no reveló plenamente las glorias del carácter divino tal como las vemos hoy. Isaías no comprendió, como nosotros tenemos el privilegio de hacerlo, la maravillosa profundidad y

armonía de los atributos de Dios —su sabiduría, justicia, amor y poder—, tan acertadamente representados en los «serafines» que vio en su visión. Isaías 6:1-8

Cuando los cielos se abrieron ante Jesús, se le reveló el significado de las profecías del Antiguo Testamento relativas al propósito de su ministerio terrenal: que debía sufrir y morir por la humanidad. En ese momento no fue posible explicarles plenamente esas cosas a sus discípulos, pues, como dijo Jesús, no eran capaces de «soportarlas ahora». (Juan 16:12) Más tarde, cuando Jesús les explicó las Escrituras sobre el significado de su muerte, sus corazones ardían dentro de ellos, a medida que adquirían una mayor comprensión de estas cosas. Lucas 24:32

Fue en el Pentecostés cuando el significado de la visión se amplió para incluir el «llamado» de la iglesia. (Hechos 2:36-39) Entonces, los seguidores asidos de Cristo aprendieron más a fondo acerca de su privilegio de sufrir y morir con el Maestro, participando así de los «sacrificios mejores» de esta era. (Hebreos 9:23) Esta preciosa verdad también se perdió de vista durante la Edad Media, pero forma parte de la gloriosa visión con la que hemos sido bendecidos hoy.

La visión a la que Pablo no desobedeció era gloriosa en todas sus implicaciones. En ella, vio que el plan de Dios había avanzado hasta incluir a los gentiles y ofrecerles la oportunidad de convertirse en coherederos con los judíos en las promesas del reino. (Efesios 2:11-22) Más tarde, a Pablo se le concedieron otras visiones. Fue «arrebataado al tercer cielo» y al «paraíso» —unos «cielos nuevos y

una tierra nueva, en los cuales mora la justicia»— y vio cosas de las que no se le permitió hablar porque aún no era el momento oportuno. (2 Corintios 12:1-4; 2 Pedro 3:13) Hoy, nosotros también podemos ver, con los ojos de la fe, el «tercer cielo» y saber lo que Pablo vio en el «paraíso». Él vio cumplido el propósito de Dios de la futura restauración, y a toda la raza humana viviendo en un Edén mundial de vida perfecta y paz en la tierra. (Isaías 51:3; Ezequiel 36:33-36) A Pablo no se le permitió revelar lo que vio, pero a nosotros nuestra visión nos impulsa a anunciar al mundo entero las buenas nuevas del reino de Cristo que pronto se establecerá. Mateo 24:14; 2 Timoteo 4:2

La responsabilidad de la Verdad

Como hemos señalado, cuando en la antigüedad Dios daba visiones a sus siervos, estas eran encargos para el servicio. Lo mismo ocurre con la visión de la Verdad con la que Dios nos ha favorecido. Hay algo que debemos hacer al respecto. Para nosotros también es un encargo de servicio, así como un encargo que incluye condiciones y requisitos que deben cumplirse para que nuestro servicio sea «santo, agradable a Dios». Romanos 12:1

Queremos que nuestras manos sean utilizadas en el servicio de Dios. Queremos que nuestros pies sean veloces para llevar el mensaje del amor divino a fin de «consolar a todos los que lloran» (Isaías 61:2). Deseamos usar nuestros labios y nuestras lenguas para hablar de su amor. De hecho, si interiorizamos el espíritu adecuado de la visión, queremos que todo lo que poseemos sea utilizado en el servicio de Dios. «Nada, Señor, te negaría», es lo que le

diremos a aquel que ha abierto los ojos de nuestro entendimiento para contemplar su gloria. Con gusto le dedicaremos todo lo que tenemos.

Todo esto forma parte de nuestra obediencia total a la visión celestial. Pablo escribió que debemos someter «todo pensamiento» a la obediencia a Cristo. (2 Corintios 10:5) Solo esto será plenamente agradable al Señor. Cristo dijo que debemos dejar que nuestra luz brille y, además, describió las muchas cualidades de la justicia que harán que nuestro llevar la luz sea aceptable ante Dios. (Mateo 5:16; Filipenses 2:15) Entreguémonos, pues, por completo al poder de la Verdad y, en nuestra obediencia a la visión, regocijémonos en cualquier experiencia que pueda surgir. El tiempo es corto. Seamos fieles mientras aún tengamos la oportunidad.